

Fernando Siles Martín
@Itineratur

Cuando la Torre Eiffel era roja y las vacas cuadradas

40 historias de la arquitectura, la arqueología
y el arte que no has visto venir

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
<i>Introhistoria</i>	13

Primera parte PREHISTORIA Y EDAD ANTIGUA

1. La cueva de Pair-non-Pair	19
2. La venus de Berlín	25
3. El menhir que flotó	30
4. Escalera a la hecatombe	36
5. Las calles de hierro	42
6. ¿Por dónde conducían los romanos?	47
7. Una muralla de inscripciones	53
8. Una carrera a vida o muerte	61

Segunda parte EDAD MEDIA

1. Las vasijas acústicas	69
2. La iglesia a la que se entraba por la ventana	75
3. El bosque de Notre Dame	80
4. Notre Dame de los Pirineos	85
5. Las luces de Sefarad	90
6. He visto maravillas, he visto horrores	95

7.	La pintura que fue tres cuadros distintos	101
8.	La dama de Cogolludo	105

Tercera parte
EDAD MODERNA

1.	Un mar de baldosas	113
2.	Mensajero sideral	120
3.	Recortables para gigantes	128
4.	El infinito en una botella	134
5.	El rey Midas de la plata	140
6.	Los ponis de la isla de Assateague	148
7.	El <i>Escritorio del Rey</i>	154
8.	El maravilloso mundo circular	160

Cuarta parte
EDAD CONTEMPORÁNEA

1.	Las vacas cuadradas	171
2.	Tiro cruzado	176
3.	El mejor gráfico de la historia	184
4.	Suzon	190
5.	Los colores de la Torre Eiffel	197
6.	El jardín de invierno de las ursulinas	201
7.	Que tus deseos no se hagan realidad	206
8.	Las casitas de Le Corbusier	215
9.	La forja de una edad	222
10.	El diagrama de Barr	230
11.	Beso o trato	234
12.	Las claves de <i>El Principito</i>	242
13.	La guerra de <i>Astérix</i>	249
14.	Cafetera para masoquistas	256
15.	Las claves de Fantasia	262
16.	Un manojo de espárragos	271
17.	El origen de Internet	273
	<i>Bibliografía</i>	281

INTRODUCCIÓN

Empecé a escribir historias en forma de hilos para mi cuenta de Twitter (@Itineratur) durante el confinamiento. Hacía tiempo que seguía los que hacía Pedro Torrijos (@Pedro_Torrijos), y un buen día pensé, imprudentemente: «¡Buah!, chaval, eso lo hago yo en cinco minutos». Así que alargué la mano, abrí un libro al azar y desarrollé la primera historia que me encontré: la girola de la catedral de Toledo. Tardé dos días y acabé exhausto, pero gracias a la magia de las redes tuvo un éxito que no esperaba. Mucha gente me dijo que le había gustado y que desconocía el tema. Recuerdo que fue la primera vez que pensé que algunas de las cosas que me interesaban podrían entretener a alguien según cómo las contara. A ese hilo le siguieron muchos otros durante tres años hasta llegar a los cien mil seguidores actuales para los que no tengo suficientes palabras de agradecimiento. Y no solo por su apoyo, sino por la paciencia, porque al no tener mis publicaciones un carácter periódico, siempre pasa un tiempo indeterminado entre una y otra, el necesario para recargar las pilas.

Cuando Félix Gil, de La Esfera de los Libros, me propuso escribir un libro sobre aquellos hilos, primero me pareció un sinsentido, luego una locura, después un reto imposible y, finalmente, uno interesante. Poco a poco me fui autoengañando hasta que en mi cabeza empezó a sonar increíble. Finalmente me convencí, mientras freía un filete en pleno mes de agosto, que es como se deciden estas cosas, sudando la gota gorda.

Para aquellos que ya me siguen he incluido varias historias nuevas y añadido el material que, al escribir para Twitter, se quedó fuera. He intentado, en la medida de lo posible, mantener el mismo tono distendido trayendo algunos guiños de ese argot tan especial que circula por las redes sociales. Te resultará familiar si sabes de lo que hablo y, si no, agradablemente chocante (o eso deseo). Ojalá disfrutes de estas historias tanto como yo escribiéndolas y, si no, me lo hagas saber aquí: blogitineratur@gmail.com

Sin más...

Abro libro 

INTROHISTORIA

—¿Qué imágenes son esas?

—Son los sueños olvidados del mundo de los seres humanos —explicó Yor—.

Un sueño no puede convertirse en nada una vez que se ha soñado. Pero cuando el hombre que lo ha soñado no lo guarda... ¿a dónde va a parar? Viene aquí, con nosotros, a Fantasia, ahí abajo, a las entrañas de nuestra tierra.

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*

Ya no quedan historias por contar. Todas las historias supuestamente nuevas no son más que combinaciones de un mono aporreando un teclado o de un viejo escribiendo una historia interminable. Vale que todo depende del cristal con que se mire, pero la verdad es que, a base de mirar, ya se nos han acabado los cristales de colores. Y al final, por mucho que queramos, el sol se pone todos los días por el mismo lugar. Solo volveremos a escribir historias nuevas cuando veamos las cosas bajo otro amanecer, en otro planeta, en otra galaxia o en otro universo. Solo entonces volveremos a creer y a crear.

Mientras tanto, si queremos leer historias diferentes tenemos que acudir a aquellos lugares a donde fueron a parar los relatos que se extraviaron en la noche de los tiempos. Nuestra memoria olvidada. Las historias que simplemente se dejaron de contar. La mayoría son irre recuperables, pero otras están todavía ahí, esperando a que alguien las encuentre y las vuelva a poner en circulación. La arquitectura, la arqueología, la literatura y el arte en general son el gran yacimiento de historias perdidas; solo hay que encontrarlas en la oscuridad y remontarlas a la superficie con cuidado de que no se rompan. Tal como hizo Bastián Baltasar Bux en *La historia interminable* para recuperar de la mina de las imágenes su último recuerdo.

He seleccionado cuarenta historias del patrimonio. Curiosamente, no todas son antiguas; el patrimonio está lleno de sucesos increíbles que han ocurrido hace mucho tiempo, pero también hace cuatro días.

Encontrarlos puede ser tan fácil, o tan difícil, como cortar esos árboles que no te dejan ver el bosque, localizar un meteorito en el desierto del Sahara o los restos de un satélite estrellado en Siberia. Aunque, en la mayoría de los casos baste con recorrer una sinuosa carretera hasta algún lugar olvidado. Algunas historias se esconden en lo más profundo de una cueva o bajo un edificio en ruinas. Hay historias enterradas por dunas altas como una casa y otras que se ocultan en lo más profundo de un valle del Pirineo navarro.

Pero antes ha sido necesario el trabajo paciente de muchas personas. De muchos arqueólogos, arquitectos, pintores, historiadores, escritores, varias generaciones de sesudos profesores y hasta de ávidos buscadores de tesoros. Va por ellos.

Dedicado a los que rescatan historias.

Primera parte
PREHISTORIA Y EDAD ANTIGUA

—*¿Por qué está todo tan oscuro, Hija de la Luna?* —preguntó.

—*Los comienzos son siempre oscuros, Bastián.*

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*

1



LA CUEVA DE PAIR-NON-PAIR

Una historia del arte rupestre

¿Te imaginas lo que supondría descubrir una nueva cultura de la que nada se supiera y que lo primero que apareciera de ella fuera su principal manifestación artística? No cualquier obra, sino la más importante. Sería como si no supiéramos nada del antiguo Egipto y mañana encontráramos las pirámides enterradas bajo la arena del desierto o diéramos con el corredor que da acceso a la tumba de Tutankamón. Lógicamente, entraríamos en estado de *shock*. Sería difícil de asumir que tal logro hubiera podido pasar desapercibido hasta nuestros días, puede que hasta nos costara creerlo (a mí me costaría) y no sabríamos ni cómo ni dónde encajar todo aquello.

Pues algo parecido es lo que ocurrió con el descubrimiento de la cueva de Altamira (Cantabria), una de las más importantes del arte de la prehistoria. Esta apareció para la historia en 1868 gracias a la curiosidad de un perro durante un día de caza. Oculta entre la maleza, fue descubierta por Modesto Cubillas, un obrero de la zona que no tardó en avisar al propietario de los terrenos sabiendo que a este le gustaría explorarla. Sin embargo, las pinturas rupestres de su interior no serían localizadas hasta once años después, en 1879, cuando su dueño, aficionado a la prehistoria, se encontraba explorando la cueva junto a su hija y esta exclamó: «¡Papá, mira, bueyes!». Su padre, Marcelino Sanz de Sautuola (1831-1888), maravillado, se apresuró a publicar el sorprendente descubrimiento para así obtener, cuanto antes, el reconocimiento de una comunidad científica que se quedó perpleja, por decirlo suavemente.

Solo dos años después, y ahora gracias a una vaca que metió la pata en un agujero, fue descubierta cerca de Burdeos (Francia) nuestra otra protagonista, la cueva de Pair-non-Pair. La particularidad de esta cueva es que contenía todas las claves para descifrar y responder a las incógnitas que había despertado Altamira y que nadie sabía responder; solo había un pequeño problema: las liberaba muy, pero que muy, lentamente.

Un trabajo minucioso

Pair-non-Pair estuvo ocupada durante un larguísimo periodo de casi sesenta mil años, que fueron desde hace ochenta mil hasta veinticinco mil años antes del presente. Al ser el periodo tan extenso, hizo que poco a poco se rellenara con todo tipo de materiales depositados por la actividad humana, hasta tal punto que, pese a tener varios metros de altura, cuando se descubrió, los residuos ocupaban casi todo el espacio y llegaban a solo sesenta centímetros de la bóveda de la cueva. Así que, antes de que Pair-non-Pair pudiera brillar para la prehistoria europea y responder a las preguntas que se hacían los investigadores, previamente había que vaciarla. En aquellas excavaciones, realizadas durante décadas por una sola persona, se extrajeron más de seiscientos metros cúbicos de materiales.

La cueva fue oficialmente descubierta y excavada por François Daleau, un propietario de viñedos de la zona de Burdeos, hijo de notario y apasionado de la prehistoria, que tenía sus propias ideas sobre la arqueología. Pero como sufría de una afección que le impedía desplazarse con comodidad —se tenía que ayudar de dos bastones para andar— para el trabajo más duro ni estaba ni se le esperaba. El que hizo lo más difícil en su lugar fue Pierre Macouillard, yerno del dueño del terreno, al que Daleau contrató para esa tarea. Pese a ser totalmente autodidacta (como tantos otros), Daleau fue uno de los padres de la arqueología prehistórica y el primero en excavar en una cueva, para lo que desarrolló una técnica muy avanzada para aquel momento: usó por primera vez una espátula y hasta un cuchillo con el que iba rascando los materiales poco a poco, minuciosamente. También tomaba nota de

todo lo que aparecía. Marcaba la posición de cada vestigio, describía cada objeto y dibujaba todo aquello que le parecía de interés en un diario que ocupa doce cuadernos y más de setecientas páginas, en el que hizo anotaciones casi todos los días de excavación. Era muy sistemático. Así se comprende que Pair-non-Pair tardara tantos años en revelar sus secretos.

Y con ese método de vísteme despacio que tengo prisa, la excavación desenterró quince mil herramientas de piedra, seis mil huesos de sesenta especies y algunos objetos muy inusuales, como una flauta de hueso de veinticinco mil años de antigüedad, uno de los pocos instrumentos musicales del Paleolítico; o un sorprendente colgante de marfil de mamut que imita una caracola originaria de mares tropicales, que no era precisamente el tipo de mar de la zona, pero esa es otra historia. Sin embargo, el hallazgo más sorprendente de todos no fue ese, sino el de los numerosos animales grabados en la roca.

Pair-non-Pair es una de las cuevas con arte rupestre más relevantes de la prehistoria. En sus paredes hay figuras inscritas de cabras, caballos, bóvidos, ciervos, mamuts, una rara representación de un megalocero, un alce gigante ya extinguido, así como un caballo de dos metros y medio de largo, uno de los grabados más grandes del arte parietal. En este bestiario prehistórico, que cuenta con decenas de animales representados, el más conocido es el *Agnus Dei*, un caballo que gira su cuello para mirar hacia atrás, dando una sensación de movimiento.

Pero más importante aún que el descubrimiento de los grabados fue el hecho de que, para llegar a ellos, hubiera que retirar tantos metros cúbicos de tierra mezclada con huesos de animales y herramientas prehistóricas. La aplastante lógica de la arqueología y la geología de datar por estratos —según la que, cuanto más abajo está algo, más antiguo es— hizo que no cupiera ni la más mínima sombra de duda sobre su antigüedad. Según se retiraban las capas de tierra, iban apareciendo instrumentos prehistóricos cuya antigüedad ya nadie ponía en duda y, al mismo nivel, en las paredes, junto a esos materiales que tenían decenas de miles de años, iban quedando al descubierto los grabados.

Gracias al cuidadoso método empleado, el descubrimiento estaba perfectamente documentado, no había trampa ni cartón. Daleau

identificó estas figuras en 1896, cuando se le ocurrió lavar las paredes con un pulverizador que utilizaba para sus viñedos. Los grabados fueron dibujados, fotografiados y hasta impresos en moldes. Por si fuera poco, contaba con la conformidad del abate Breuil, primer gran especialista del arte parietal y denominado por algunos como el «papa de la prehistoria», que visitó la cueva en numerosas ocasiones (1897, 1898, 1899 y 1919), por lo que pudo ver cómo esta era vaciada progresivamente.

Una polémica sonrojante

Mientras Daleau excavaba pacientemente la cueva que contenía la clave que resolvería el enigma de las pinturas de Altamira, estas fueron negadas por casi todos los grandes expertos en la prehistoria del momento, franceses en su totalidad. Y hubo que esperar muchos años hasta su reconocimiento; demasiados, sobre todo para don Marcelino, que murió en 1888 muy afectado por ese rechazo y sin que prácticamente nadie le hiciera caso en un contexto muy poco favorable. Cuando se descubrió el techo pintado de la cueva de Altamira, hacía solo veinte años que Charles Darwin había publicado su famosa obra *El origen de las especies* (1859), donde sintetizaba los principios de la evolución en la naturaleza. Por entonces, la teoría de la evolución todavía era un juguete nuevo que se utilizaba para explicar casi cualquier cosa que se moviera. Sin cortarse lo más mínimo, los prehistoriadores de finales del siglo XIX la aplicaron al recientemente descubierto arte de las cavernas. La resultante era que el arte más antiguo debía ser obligatoriamente arcaico (es decir, muy primitivo y básico). Sostenían que la creación artística se había ido haciendo cada vez más sofisticada con el paso del tiempo y la llegada de las grandes civilizaciones (Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma).

Sin embargo, la cueva de Altamira, al tener una calidad artística extraordinaria, fue un reto para ese tipo de pensamiento; no encajaba con nada de lo esperado, por eso se negó su antigüedad. Era demasiado buena para ser cierta. Que la realidad no nos estropee una bonita teoría, debieron de pensar. Sin embargo, ese evolucionismo mal aplicado ape-

nas aguantó tres o cuatro descubrimientos más. Especialmente cuando en Pair-non-Pair, grabados similares a los de las pinturas prehistóricas aparecieron en unas condiciones tales que su antigüedad no podía ser puesta en duda. Y aunque no fuera la primera, sino la tercera cueva prehistórica ornamentada descubierta de la historia, gracias a ella se resolvió la polémica sobre la antigüedad del arte rupestre. El ingenio, la técnica y la paciencia infinita de Daleau lo hicieron posible. Gracias a su parsimonia la cueva de Altamira pudo finalmente ser reivindicada como la *Capilla Sixtina* del arte de la prehistoria (así la denominaba el abate Breuil). Pero, sobre todo, lo que se pudo zanjar fue una discusión que hoy en día da hasta vergüenza ajena: la de las capacidades de los hombres prehistóricos.

Coincidiendo con estos acontecimientos, se produjo un hecho muy poco habitual en el ser humano: el arrepentimiento público. El célebre prehistoriador francés Émile Cartailhac publicó en 1902 su famoso artículo «La caverna de Altamira, España. “Mea culpa” de un escéptico». Cartailhac había sido uno de los principales críticos de Sanz de Sautuola y era responsable de haber provocado su desprestigio desde la distancia, pues nunca se dignó a visitar la cueva; sus conclusiones negativas sobre la antigüedad de las pinturas fueron siempre emitidas basándose en informes de terceros.

Ese mismo año, picado por la curiosidad científica, tuvo a bien acercarse hasta Altamira por primera vez, y lo hizo acompañado del buen abate Breuil. Aunque yo quiero pensar que lo que realmente ocurrió es que este último le debió de decir que se dejara de tanta tontería y, tirándole de una oreja, se lo llevó a rastras desde París hasta Cantabria. Pero antes de entrar en la cueva se acercaron a una casona de la zona para presentar sus respetos a una mujer: María Sanz de Sautuola, descubridora a sus ocho añitos de las primeras manifestaciones del arte parietal prehistórico. Lo que se dijo durante esa visita no se cuenta aquí ni en ninguna otra parte, que yo sepa.

102
 NP
 339
 Le 21 aout 1895 - En arrivant à la Caserne
 mon regard se porta sur le barand, sur les gravures
 de la paroi et l'on se voit en peccato sur un
 quadrifide.

Tout ce que
 me dit l'histoire
 porte une
 Christiane?
 je pense que
 c'est un
 agneau et je
 relie le dessin à l'histoire de l'agneau (p. 20 p. 57) -
 pour mieux
 voir, ensuite je peins le bout de
 mon croquis sur les lignes grasses
 et j'en fais les contours par l'effet
 de l'encre blanche et de la couleur rouge
 que j'ai la conviction de voir par
 l'effet de la
 j'ai souvent essayé de définir
 ce que représente, mais sans
 jamais y arriver. Je n'ai pu
 le reconnaître que en comparant
 avec une gravure de l'agneau
 au de voir. C'est un peu comme le bélier,
 tel y a 9/9 années. O c'est le chat
 au centre du Carillon - à mentionner dans le Guide
 voir Excursions T. V. p. 41-42.



Grabado del *Agnus Dei* de Pair-non-Pair en el diario de Daleau y molde de escayola.
 (Dominio público).

2



LA VENUS DE BERLÍN

Una historia de la prehistoria

Jean-Gaston Lalanne (1890-1920) era un doctor de Burdeos, aunque no uno cualquiera: lo distinguía su especialidad, médico alienista, una especie de psiquiatra de los de primera hornada, y su afición, la arqueología. En 1908, el señor Lalanne alquiló un «terrenito» como el que se alquila un huerto, pero no para cultivar lechugas sino para «reventarlo» de arriba abajo en busca de la prehistoria. No es que fuera lo más habitual, pero tampoco tan raro como pudiera parecer. Los inicios de la arqueología fueron así de bestias. Era una disciplina sin ley, en la que se mezclaban meros aficionados con expertos formados a base de descubrir yacimientos por su cuenta.

En este contexto, el buen doctor alquiló el abrigo de roca* de Laussel y se dispuso a excavarlo. Hay que decir que no era una pequeña parcela para jugar a ser arqueólogo; se trataba de un yacimiento gigantesco, de una potencia bestial. Medía casi cien metros de largo por veinte de ancho y contaba con entre cinco y seis metros de estratos arqueológicos. Poca broma. Además, está situado en una región, la Dordoña, que era continuamente recorrida por cazadores de tesoros de la prehistoria, y en aquel lugar ya habían aparecido instrumentos de piedra. Todo tenía muy buena pinta si no fuera porque, después de miles de años sin actividad humana, el abrigo se encontraba relleno de tierra y vegetación que hubo que retirar con muchísimo esfuerzo hasta encontrar los primeros restos.

* Una pared de piedra que avanza sobre el vacío creando una protección, como un pasillo cubierto, algo muy apreciado por los hombres prehistóricos.

Para ello, Lalanne había contratado una cuadrilla y gestionaba su trabajo a distancia; él solo se encargaba de recoger los hallazgos cuando llegaban a la estación de Burdeos y luego de estudiarlos. Su profesión no le permitía estar presente durante la excavación y es que, aunque era un arqueólogo de los serios, no dejaba de ser *amateur*. Sobre el terreno se encargaba su capataz, Raymond Peyrille, junto con un equipo de cinco obreros de la zona que se dispusieron a «darle duro» al sitio con ayuda de picos, palas y un montón de botellas de vino. Y vaya si lo hicieron. Pese a su extensión, fue totalmente excavado en solo cinco años y con una metodología brutal, que incluía horadar túneles, como los zapadores.

¡Dios mío! Está todo lleno de venus

Entre finales de 1911 y principios de 1912 aparecieron una serie de bajorrelieves prehistóricos, los primeros ejemplos conocidos hasta el momento. Entre ellos, varias venus pertenecientes al Paleolítico superior, las mal llamadas venus prehistóricas: unas estatuillas femeninas de formas muy generosas, incluso fuera de lo normal para nuestra época. Hay gente que dice que podrían representar madres de cierta edad, con varios hijos; y otros que simplemente estarían embarazadas. Lo que realmente sorprende son los grandes pliegues de grasa que nos hablan de un tiempo con unas condiciones muy distintas a las actuales. Pudiera ser que sus formas estuvieran exageradas, pero como el arte era por entonces esencialmente naturalista, no hay que descartar que aquellas mujeres hubieran existido. Estaría genial comentar si tuvieron un rol importante como matronas, parteras, abuelas, o cómo conseguían acumular esa grasa siendo nómadas, pero sería especular en vano porque probablemente nunca sepamos lo que representan.

Lalanne encontró cuatro de esas venus grabadas en bloques de piedra diseminados por un área de unos treinta metros cuadrados. Una de ellas es la *Venus quadrillé* (cuadriculada), porque tiene un peinado a cuadros muy característico de estas figuras. Otra, *El naïpe*, llamada así porque es como una representación doble, una normal y otra invertida;

posiblemente, porque es la primera representación de un parto de la historia (o no). La tercera parece ser la representación de una mujer adolescente, aunque se la conozca como *El cazador*; es una de las representaciones más naturalistas del Paleolítico. También hay numerosas representaciones de vulvas grabadas en la roca y hasta algún personaje con un gran pene.

Pero la más conocida, con diferencia, es la *Venus de Laussel* o *Venus del cuerno*, un ejemplar de más de cuarenta centímetros de alto que contrasta con las dimensiones del resto de las venus encontradas en otros lugares, cuyo tamaño no suele superar el de un colgante. Se trata de la típica representación de una mujer bien generosa en carnes, pero con la particularidad de que en una mano lleva un cuerno sobre el que hay trece muescas, y con la otra se sujeta el vientre como si estuviera embarazada (o no). De esta venus se ha dicho de todo: que si es una diosa de la fertilidad con su cuerno de la abundancia, que si está tocando un instrumento musical, que si el cuerno es un calendario lunar para la menstruación, o una que, basándose en la forma de la cabeza y sus manos, dice que podría ser un híbrido entre una mujer y un pájaro, concretamente un frailecillo (cero bromas).

Una vez encontrados, los sensacionales hallazgos fueron arrancados de los bloques de piedra caliza a fuerza de vino y brutales golpes de pico, luego expedidos hacia Burdeos, y aquí paz y después gloria, aunque tanto una como otra durarían bien poco.

Un viaje a Berlín

El doctor Lalanne era, ante todo, una muy buena persona. Vaya esto por delante, luego veremos sus consecuencias. Al principio no le debió dar mucho crédito a los rumores sobre Raymond Peyrille, el jefe de la cuadrilla de «zapadores» que había contratado; pero según pasaba el tiempo, su nivel de preocupación fue en aumento. Ya con la mosca detrás de la oreja, acabó comprando un billete de tren hasta Alemania y una buena mañana se presentó en el Museo Etnográfico de Berlín que albergaba las colecciones de prehistoria, para examinar la llamada *Venus de Berlín*. Estaba esculpida en una piedra caliza que le sonaba mu-

cho, pero sobre todo sujetaba algo curvo en la mano que conocía muy bien, un cuerno. Me lo imagino teniendo un día de ira en toda regla, poniendo el grito en el cielo, exigiendo ver al profesor encargado de las colecciones de prehistoria, al director, al ministro y al mismísimo káiser. Lo que allí se exponía era una hermana pequeña y «fea» de la *Venus de Laussel*.

La pieza, de origen francés, había sido comprada por el profesor Carl Schuchhardt para el museo alemán. Al principio, Lalanne intentó que estos le devolvieran su venus de buen rollo (jeje), pero Schuchhardt no estaba dispuesto porque había pagado una pequeña fortuna por ella. De vuelta a Francia, denunció a su capataz y al museo de Berlín. Raymond Peyrille fue detenido, juzgado y condenado por abuso de confianza, pero no por robo. Desgraciadamente, esa sentencia fue un desastre sin paliativos para la estrategia de recuperación de la venus. Lo peor de todo es que fue el propio Lalanne el que provocó ese nefasto resultado al apiadarse de Peyrille. Debido a sus circunstancias familiares, facilitó que se le aplicara una pena menor, pensando que con esa condena sería suficiente. No lo fue. La legislación no obligaba a los alemanes a su devolución si no se demostraba que había habido robo. *Game over* para Lalanne, que falleció en 1920 sin haber recuperado su venus.

Los franceses no volvieron a la carga hasta 1946, al terminar la Segunda Guerra Mundial. Era ahora o nunca. Habían ganado la guerra y además controlaban una parte de Berlín. Pero para cuando quisieron darse cuenta, la venus ya había volado. Su rastro se había desvanecido. Durante años la teoría oficial fue que había sido destruida en el bombardeo que afectó al Museo de Prehistoria y Protohistoria de Berlín del 3 de febrero de 1945 y en el que debieron de volatilizarse miles de piezas. Actualmente sabemos que las cosas no ocurrieron así. La dirección del museo consideraba que esa venus era una de sus obras maestras y, como tal, fue trasladada a la Flakturm del zoo de Berlín, un edificio del demonio que pertenecía a una serie de gigantescas torres artilladas antiaéreas que sirvieron, entre otras cosas, para proteger lo máspreciado de los museos de Berlín. Sin duda eran el lugar más seguro de la ciudad, disponía de muros de hormigón cuyo grosor se medía por metros. Allí también se trasladó el famoso tesoro de Príamo que

Schliemann encontró en Troya, el cual también fue dado por desaparecido durante décadas hasta que acabó apareciendo en un escondite del Museo Pushkin de Moscú, donde había sido puesto a buen recaudo por orden de Stalin (no se podía saber).

Hoy en día nadie duda de que la venus existe todavía. En el museo de Berlín lo que se expone es una reproducción antigua con una pequeña cartela en la que se puede leer, con cierta sorna, que se trata de una copia y que el original se encuentra en Rusia como botín de guerra. En el Museo de Aquitania se expone otro molde antiguo junto al resto de bajorrelieves aparecidos en el abrigo, incluida la *Venus de Laussel*, donada por la hermana de Lalanne. Sin embargo, la cartela de Burdeos dice una cosa bien distinta; evoca un viaje a Berlín de un doctor alienista de Burdeos al que le gustaba la arqueología. Cada uno tira la piedra hacia el tejado del otro. Mientras tanto, en algún escondrijo de algún museo ruso descansa una venus esperando ser descubierta de nuevo (o no).



3

EL MENHIR QUE FLOTÓ Una historia de megalitos

Durante el Neolítico la humanidad se asentó y se dio a la agricultura, a la ganadería y a una serie de monótonas y repetitivas obligaciones de pueblos sedentarios, mayormente guiadas por el transcurso de las estaciones. Tareas que se mantuvieron invariables durante miles de años. En otras palabras, durante el Neolítico la humanidad descubrió el tedio. Las labores agrarias carecían de la emoción del anterior cazador recolector del Paleolítico. Por no hablar de su alimentación, comer sabroso mamut versus insípida harina; o de su vestimenta, emocionantes pieles de animales salvajes versus aburridas túnicas de lino tejidas durante cientos de horas. No hay color.

Tanto se debieron de aburrir que, en un momento dado, sintieron la imperiosa necesidad de hacer algo distinto y grande que diera significado a sus vidas. Algo que superara de una vez por todas la épica de las más antiguas leyendas, aquellas que se remontaban a tiempos remotos en los que las cacerías de animales ya extinguidos duraban días (por no hablar de los banquetes). Concluyeron que la mejor manera de superar el pasado era inventar la arquitectura monumental. Para ello se lanzaron a construir con grandes piedras.

Aunque no te creas nada de lo dicho hasta ahora, lo cierto es que durante el Neolítico la gente se puso a trabajar duro para crear, por primera vez en la historia de la humanidad, algo inútil que no mejoraba sus vidas. La lista de monumentos megalíticos es asombrosamente larga, especialmente en Europa, y no para de aumentar año tras año.

Esta actividad se extendió principalmente por la costa atlántica: en la península ibérica hay muchísimos ejemplos, como los dólmenes de Antequera, los del Alentejo portugués o los numerosos megalitos repartidos por toda la cornisa cantábrica; los del sur de Inglaterra, donde se encuentra Stonehenge; o los de la región de Bretaña, en Francia, donde ocurre esta historia.

Vamos a uno de esos lugares mágicos en los que puede ocurrir casi cualquier cosa: cerca de los famosos alineamientos de Carnac, formados por miles de incomprensibles menhires en fila india, se encuentra el golfo del Morbihan, la zona cero de las culturas megalíticas de esta región; un minimar interior trufado de islas al que se entra por una estrecha boca de apenas un kilómetro de ancho y que permite una navegación fácil, en contraste con el océano Atlántico. En este territorio hay una acumulación tal de monumentos megalíticos que sus dólmenes, túmulos, crómlech y menhires son una plaga en el territorio. Aparecen en las plazas de los pueblos, cruzan las carreteras, compiten por el espacio con las vacas, y hasta emergen cuando baja la marea pese a los miles de años transcurridos desde que fueran erigidos. Pero lo que sorprende no solo es su número sino su desmesura. Si el megalitismo ya viene de por sí en talla grande aquí gastan la XXL. Todo impresiona por su gigantismo y por los esfuerzos colosales que debieron de hacerse para levantarlos. Están a otra escala, comparados con otros monumentos megalíticos.

El túmulo de Gavrinis

Llegar al lugar de nuestra historia es toda una experiencia, sobre todo porque primero hay que embarcarse en la pequeña localidad de Larmor-Baden en dirección a una isla diminuta con tres prados y un túmulo (un amontonamiento artificial que protege en su interior una tumba) construido hace unos seis mil quinientos años. Para mí supone recordar momentos únicos, es uno de los sitios más impactantes que he visitado. No te esperas lo que vas a ver. No hay una sola persona en este mundo preparada para ello.

El túmulo neolítico de Gavrinis está formado por cinco mil metros cúbicos de piedras y sus taludes llegan hasta los ocho metros de altura.

Se entra en él a través de una puerta con un potentísimo dintel que te obliga a agachar la cabeza y al que sigue un estrecho pasillo de más de once metros de largo. Una vez dentro, cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad, el asombro es absoluto. Flanqueando el corredor hay veintinueve grandes losas verticales (ortostatos) con una particularidad que hace este túmulo único. Veintitrés de ellas están saturadas de decoración: aparecen surcos grabados en la piedra en forma de zigzag, espirales, bastones, meandros y lo que parecen serpientes o hachas. Es como si fueran huellas digitales labradas en la roca; su visión, bajo una tenue iluminación, pone la piel de gallina. Si avanzamos por el pasillo, al final se distingue algo; en el corazón del túmulo hay una cámara funeraria de más de seis metros cuadrados y casi dos metros de altura que está cubierta por un único y muy contundente bloque de piedra. Diecisiete toneladas sobre nuestras cabezas.

Durante los años ochenta los arqueólogos decidieron desmontar el túmulo para poder consolidarlo y de paso investigarlo; con ese objetivo retiraron las piedras una a una para desnudarlo hasta que descubrieron algo totalmente inesperado: los ortostatos de la cámara funeraria estaban decorados por detrás. Además, sus motivos eran distintos, eran figurativos, no como los dibujos decorativos del interior. Especialmente reconocibles eran los de la enorme losa de la cubierta. Sobre ella había inscrita un hacha-arado (se llama así, parece una cosa o la otra), un bóvido y lo que más nos interesa, unos misteriosos cuernos pertenecientes a otro animal, un segundo bóvido que no estaba completo. Estaba claro lo que había ocurrido; todas las grandes piedras habían sido reutilizadas, venían de otro monumento megalítico aún más antiguo. Les habían dado la vuelta y las habían reutilizado por la otra cara para decorarlas con una profusión desconocida por entonces.

Algo sobrecogido, te subes al barco de vuelta y el que más o el que menos acaba haciéndose la misma reflexión: ¿cómo es posible? Algo muy gordo tuvo que ocurrir en este lugar. Sabemos que durante el Neolítico la población aumentó y los excedentes agrícolas permitieron que no toda la población se dedicara a la producción de alimentos o a la supervivencia básica. Hubo gente que se especializó en el pulido de piedras, la minería, la artesanía o el mundo de la muerte. Pero levantar miles de menhires o tumbas en islas es otra cosa bien distinta.

Son esfuerzos que desafían el entendimiento. Proyectos que, según los expertos, requieren de varias generaciones, de un arraigo cultural, y del territorio muy fuerte, un pensamiento mágico muy elaborado, y esto y aquello; pero, sobre todo, de una convicción a prueba de bomba para instalar grandes arquitecturas en sitios tan complejos y para nada seleccionados al azar. Ahora bien, esto no es más que la punta del iceberg de lo que luego se descubrió.

El conjunto de Locmariaquer

El arqueólogo encargado de las excavaciones en Gavrinis, y también de todos los monumentos megalíticos del Morbihan, era Charles-Tanguy le Roux. No creo que tardara mucho en atar cabos, no sería muy difícil para alguien que conocía tan bien la zona. Hay vidas que merecen ser vividas solo por un instante; este debió de ser uno de ellos. Me lo imagino pidiendo que lo recogieran en barco y lo sacaran de aquella isla a toda prisa y después conduciendo a toda velocidad por esas carreteras que recorren la campiña bretona en dirección a Locmariaquer, atravesando el río a la altura de Auray, mientras en su cabeza la información daba vuelcos. En pocos minutos tendría la solución a un gran enigma que hacía poco ni sabía que existía.

Locmariaquer se encuentra muy cerca de la entrada del golfo del Morbihan, ese pequeño mar interior de fácil navegación que hemos mencionado antes. Allí, sobre una colina que domina el golfo, hay tres grandes monumentos megalíticos uno al lado de otro, que requieren nuestra atención. El primero es la Mesa de los Comerciantes (la *Table-des-Marchand*). Un gran dolmen* históricamente desprovisto de su túmulo de piedras; con un corredor de siete metros de largo que llega a otra gran cámara funeraria cubierta por otra gran piedra, esta de sesenta y cinco toneladas; en ella se distingue el grabado de un hacha, un báculo y el tren delantero de otro bóvido al que le faltan los cuernos. Este animal es el que conecta con la cornamenta encontrada en la cámara funeraria de Gavrinis; no hay duda de que pertenecen al

* Un dolmen es un túmulo al que solo le quedan las tripas.

mismo bloque de piedra y que en algún momento estuvieron unidos. Solo hay un pequeño problema: los treinta kilómetros de distancia por la carretera actual, los cuatro kilómetros a vuelo de pájaro, el río Auray, la isla... minucias.

El segundo monumento es el túmulo de Er Grah. Se trata de un túmulo sin corredor (sin pasillo), con otra piedra de cobertura, si bien más pequeña que las otras, también enorme, dada la minúscula cámara funeraria que oculta; es como matar moscas a cañonazos, pero bueno, en la línea de todo lo que hay por aquí. Lo interesante es que la forma de este bloque parece conectar con la del monumento anterior, el de la Mesa de los Comerciantes, lo cual parece lógico, están a muy pocos metros.

Y el tercer monumento, también junto a los otros dos, es el menhir roto de Locmariaquer, el más alto erigido en Europa. Con casi veinte metros de altura y un peso de doscientas ochenta toneladas, yace en el suelo, quebrado en cuatro grandes fragmentos que se quedaron allí tal cual, sin que haya sido desplazado un ápice desde el día en el que fue derribado. Pues bien, las tres grandes piedras que hemos descrito —la cobertura de la cámara funeraria del túmulo de Gavrinis, la del dolmen de la Mesa de los Comerciantes y la del túmulo de Er Grah— formarían juntas otro gran menhir de catorce metros que, a su vez, sería parte de una serie de diecinueve gigantes pétreos dispuestos en fila india de mayor a menor tamaño, para vete a saber qué propósito. En esta magnífica serie de piedras erectas, el ejemplar partido era el último y más alto, y el que se reutilizó y desplazó a tres lugares distintos debía de ser el siguiente; de los otros diecisiete menhires solo quedan las hoyas en las que se hincaban. El conjunto formaba una majestuosa serie de estandartes en piedra que sería difícil no ver y que quizá servían justo para eso, como «aviso para navegantes», puesto que están colocados en un emplazamiento estratégico, a la entrada (o salida) del golfo.

Se han descubierto por la zona numerosos candidatos a pertenecer a aquella serie de menhires reutilizados, explicando de alguna manera el tamaño fuera de escala de algunos de los megalitos de esta zona, los cuales en parte provienen del despiece de anteriores monumentos, que a su vez eran de una talla gigantesca.

Desde este lugar tan especial salió hace unos seis mil años un gran trozo de menhir con dirección a un túmulo en construcción en la actual isla de Gavrinis. Aunque no es seguro que fuera una isla porque el nivel del mar estaba algo más bajo, sí o sí tuvo que atravesar el río Auray por algún lugar no muy lejano a Locmariaquer. Y, como bien dicen los arqueólogos, si aquellos hombres consiguieron que un volumen de tantas toneladas flotara durante un buen rato, no había ninguna razón para que no siguieran el resto del trayecto y atravesaran el canal principal del golfo del Morbihan aprovechándose de las corrientes y las mareas. ¿Que cómo lo hicieron? Pues eso ya es otra historia, pero lo que es seguro es que aquel menhir flotó.